

Desposeída / meditas...
te trajeron avatares
temblorosa / vacías...
soledades-desengaños-desamores
la habitación te envuelve
y los sueños / aguardan inquietos....”

Diciembre de aquel año. Temperatura gélida. En un cuchitril de Alcobendas, con olor a sudor rancio, a moho y a humedad, una noche más Ángela M. busca cobijo.

Nacida en el seno de una familia madrileña acomodada, acostumbrada a cierto tipo de placeres, el devenir de la vida la ha conducido a un estado inimaginable de pobreza y desolación. Hubo un entonces en el que se consideró feliz al amar y ser amada. Ahora, en cambio, la profunda soledad, lentamente, arruina su vida.

¿Cómo ha llegado a tan mísera situación? Papá y mamá se amaban. Los ingresos eran altos. La vida sonreía. Hasta aquél aciago día en la curva maldita de una carretera comarcal, cuando de modo súbito, imprevisto, inesperado, todo cambió.

Nadie, absolutamente nadie, pudo asumir su orfandad. Había ahorros, eso creía. Pero no. Sólo números rojos. Y el desamparo total. Una ignorada y oculta doble vida de su padre, a quien tanto había amado, tenía la culpa. Los servicios sociales la acogieron hasta su mayoría de edad. Después... después vagar sin rumbo fijo, deambular por las angostas y tenebrosas callejas de la ciudad mientras deja que una tupida y peligrosa tela de araña la envuelva.

Sucedió. Dinero fácil, pero ¡a qué precio! Acumulación de babas. Espermias de eyaculadores precoces. Vómitos alcohólicos. Ángela M., puta. Desnuda. Desposeída. Desencantada. Sueños inquietos que esperan en noches de desvelo.

Sobre la mesilla de la habitación, la luz tenue de la lámpara ilumina con timidez un famélico cuerpo yacente junto al frasco vacío de 'Valium 10'. La última interpretación de su "Blues de soledad".



Carmen León Lasanta